



NUNCIATURA APOSTÓLICA
EN COLOMBIA

Bogotá, D. C., 30 de marzo de 2026

A Su Excelencia Reverendísima
Mons. Francisco Javier Múnera Correa, I.M.C.
Arzobispo de Cartagena
Presidente de la Conferencia Episcopal de Colombia
Bogotá, D. C.

Excelencia:

En el momento en el que se hace público mi nombramiento como Sustituto para los Asuntos Generales de la Secretaría de Estado de Su Santidad, me dirijo a Usted, en su calidad de Presidente de la Conferencia Episcopal de Colombia, para expresar, por su medio, a toda la Iglesia que peregrina en este querido País, mis sentimientos de profunda gratitud por la experiencia de fe que el Señor me ha dado la gracia de vivir desde mi llegada a Bogotá, en septiembre de 2023.

A lo largo de este tiempo he podido conocer de cerca la realidad eclesial y social de Colombia, viajando a muchas regiones del País y visitando la mayoría de sus Jurisdicciones eclesiásticas. En los hermanos Obispos siempre he encontrado acogida fraterna, disponibilidad generosa y respeto sincero hacia mi misión, lo que manifiesta el profundo sentido de comunión con el Sucesor de Pedro que distingue a la Iglesia en Colombia. Quisiera expresar un agradecimiento especial al Secretariado Permanente de la Conferencia Episcopal, por el valioso apoyo a la misión de la Nunciatura Apostólica.

Visitando las distintas Jurisdicciones eclesiásticas he tenido la oportunidad de conocer a muchísimos sacerdotes que llevan su carga pastoral con alegría y entrega, evangelizando con el anuncio de la Palabra y la celebración de los Sacramentos y fortaleciendo la esperanza de sus comunidades, que, a menudo, se enfrentan a situaciones sociales complejas.

No quisiera olvidar la dedicación de los diáconos permanentes, ni la contribución que tantos religiosos y religiosas ofrecen, con el testimonio de su consagración, llevando

adelante obras fundamentales para la formación espiritual del rebaño de Cristo y para el desarrollo integral de la sociedad colombiana.

He sido edificado por el compromiso de innumerables laicos y laicas que en el encuentro con Cristo han hallado la razón de su vida, tratan de conformar sus hogares según los preceptos del Evangelio, se dedican generosamente al servicio de los más necesitados y a la obra de la evangelización, y alimentan su fe y espíritu misionero con la participación en la vida de las parroquias, pequeñas comunidades, movimientos y grupos apostólicos.

Recuerdo el entusiasmo de muchos jóvenes por descubrir su fe y seguir a Jesucristo, especialmente los seminaristas, novicios y novicias, que se están comprometiendo en responder con toda su vida al llamado del divino Maestro.

Este tejido eclesial constituye para Colombia una riqueza humana y de fe, y un bastión de paz, de justicia y de libertad, especialmente en los territorios – lamentablemente aún demasiados – azotados por la violencia. Una presencia comunitaria que se pone al servicio de la nación, abierta a la cooperación con las autoridades del Estado y los Organismos de la Comunidad Internacional.

Agradezco de corazón al Papa Francisco, quien, en su benevolencia, me llamó a servirlo como su representante en este País, y al Papa León XIV, por la confianza que me manifiesta ahora, al llamarme a colaborar de cerca en el ejercicio cotidiano de su suprema misión, bajo la dirección del Cardenal Secretario de Estado.

Quisiera despedirme de esta querida Iglesia que peregrina en Colombia, a la que llevaré por siempre en mi corazón, con las palabras que el Santo Padre pronunció en la Eucaristía con motivo del inicio de su Ministerio Petriño: “Hermanos, hermanas, ¡esta es la hora del amor! La caridad de Dios, que nos hace hermanos entre nosotros, es el corazón del Evangelio [...] Con la luz y la fuerza del Espíritu Santo, construyamos una Iglesia fundada en el amor de Dios y signo de unidad, una Iglesia misionera, que abre los brazos al mundo, que anuncia la Palabra, que se deja cuestionar por la historia, y que se convierte en fermento de concordia para la humanidad”.

¡Dios les pague!



✠ Paolo Rudelli

Nuncio Apostólico